

CAPÍTULOS GRATUITOS

Diez razones para amarte

María R. Box

Agradecimientos

»Editar un libro es muy difícil, pero tener continuidad es todavía más complicado«, citó Lena Valenti.

El esfuerzo, la continuidad, la pasión y esa pequeña pizca de suerte han hecho que hoy *Diez razones para amarte* estén en tus manos.

Mi sueño siempre fue publicar con Nova Casa Editorial, pero nunca me había visto preparada hasta el día que este libro apareció en forma de deseo. La ambición de llegar lejos, de hacer que todo tomara un rumbo diferente a lo que conocemos como el típico romance (como a mis grandísimas lectoras les gusta llamarlo: El típico cliché romántico). La frustración se convirtió en esto, en un libro. El aburrimiento de siempre estar leyendo lo mismo; dónde la brusquedad del personaje masculino y la poca integridad de la protagonista que había en la plataforma naranja me abrumaban de forma negativa. Todo ese conjunto de frustración y personas tóxicas dio lugar a esto, a mi sueño hecho realidad.

Así que, gracias a todos los que voy a nombrar ahora por hacerme cada día más grande.

Para empezar, quiero dedicar unas palabras a mi editor, Joan, por ser mi enlace y a Noelia, mi coordinadora editorial. Es algo fácil apostar por alguien tan nuevo como lo soy yo, una simple escritora novel. Siempre me has dado las soluciones más adecuadas, guiándome desde mi ignorancia en este nuevo mundo editorial, para poder realizar mi sueño y eso es siempre algo que agradeceré. La claridad de tus palabras y la sinceridad, junto a tu experiencia, es algo que me dio muchísima confianza. Y por consiguiente, gracias a la editorial por hacerme parte de su «familia» porque nunca olvidaré la siguiente frase: Bienvenida a tu casa.

Quiero darle las gracias a la persona que me inspiró para crear a Alejandro. Mi pareja, mi compañero de viaje, porque él me hizo comprender que el amor no son solo palabras sino actos. Porque él me ha visto crecer y me ha ayudado a levantarme cuando me encontraba en lo más hondo. Sin él nunca me hubiera lanzado a esto. Como dice la cita anónima: «Vi que eras perfecto y por eso te amé. Luego vi que no eras perfecto, y te amé incluso más».

Laura, mi querida sevillana. Más que una lectora, mi amiga. Porque detrás de una mujer exitosa hay una buena amiga diciéndole locuras. Siempre recordaré el momento

en el que te conocí pero, sobre todo, el momento en el que te hice llorar con este libro. Puede ser una tontería, pero eso me dio la confianza para mandarlo. Gracias.

Cristina, mi querida Cris de Barcelona. Siempre sabes qué decirme y cómo ayudarme con tus buenos consejos. Me has apoyado casi sin conocerme. Las amigas son esas que intentan levantarte cuando te has caído, y si no logran levantarse se acuestan a tu lado para escucharte. Tú eres así y te doy las gracias por estar conmigo en este viaje y apoyarme incondicionalmente.

Adriana, mi querida íntima inspiración. Muchas personas sueñan con ser algo, pero yo quiero ser como alguien. He comprendido que no debo callarme y que nadie puede conmigo. Tú me has hecho comprender que hay mucho más de mí de lo que la gente ve a primera vista. Tú me has enseñado a ser yo misma y creer en mí.

La abuela sostiene nuestras manecitas por un rato, pero nuestros corazones para siempre. Gracias, abuelita.

Y, por último, gracias a todos los lectores, amigos y familiares que están ahí conmigo para guiarme y apoyarme.

Sin vosotros no sería posible.

Gracias.

*Dedicado a la persona más fuerte que conozco: Yo.
Pero también te lo dedico a ti, gracias.
Gracias por todo.*

Capítulo uno

4 de septiembre de 2017

Siempre me había imaginado mi futuro de una forma muy clara, sin embargo, todo se había vuelto una locura desde hacía unos meses. A mi madre le habían vuelto a diagnosticar cáncer, la odiosa enfermedad que venció cuando era joven. No obstante, ahí estaba presente de nuevo a sus cincuenta años. Mi padre nos había vuelto a dejar tiradas con una deuda de once mil euros a la que debía de hacer frente yo sola ya que mi madre no podía trabajar en las condiciones que estaba. Debía pagar la matrícula de la universidad y los libros de mi hermana para el nuevo curso escolar. Había estado todo el verano trabajando en una oficina por las mañanas y cuidando a los hijos de nuestra vecina por la tarde para poder hacer frente a estos gastos.

Estaba en mi último año de universidad y dudaba en si lo podría acabar, lo primero para mí era mi familia, pero la situación me sobrepasaba. El dinero no nos llegaría, y mucho menos nos duraría con los gastos que tenía que enfrentar.

Mi vida se había transformado en una completa mierda.

— ¡Alba, llegarás tarde a tu primer día de clase!

Puse en la mesa de la cocina un buen tazón de cereales y el bote de leche que había en la nevera. Escuché como Alba salía de su cuarto a regañadientes, acelerada vino hacia la cocina y se sentó en la silla para comenzar a engullir. Sin embargo, me di cuenta de que llevaba los dos botones de la camisa abiertos. La regañé con la mirada, no podía ir de aquella forma al colegio.

—No me mires de esa forma —dijo irritada.

—Sabes lo que te pasaría si te ven enseñando el canalillo.

Metí en una bolsa hermética su almuerzo y se lo pasé para que se lo guardara en la mochila.

Resoplando, se abrochó los dos botones. Con el último trago de su tazón de leche, se levantó y colocó la mochila en su hombro. Recogió los enseres y comencé a fregar, dándole la espalda.

—Quiero que sepas que voy a cuidar a los hijos de la vecina para ganar algo de dinerillo. —Me tomó por sorpresa.

—Ni hablar. —me giré negando repetidas veces con la cabeza—. Me niego a que trabajes, tú tienes que estudiar.

No pensaba dejar que Alba trabajase, ella debía estudiar y sacar buenas notas. Era mi

trabajo sacar adelante a la familia. Dejé el cazo que estaba fregando y me acerqué a ella. Bajó la mirada avergonzada. Quizá me había pasado en el tono en el que le había hablado, acabé abrazándola.

—Quiero ayudar... —farfulló.

—No puedo dejar que lo hagas, soy yo quien debe sacarlos adelante —le dejé bien claro.

—Solo serán dos horas, de cinco a siete —insistió haciendo pucheros con sus labios—. Te prometo que estudiaré pero déjame ayudarte aunque sea con lo poco que gane.

Me aguanté las ganas de llorar. Mi pequeña hermana, mi gran confidente, ya era toda una mujercita que quería ayudarme. Para ella también había sido dura la noticia de que el cáncer había vuelto y la partida de nuestro padre. Aún fue más duro cuando un señor del banco vino a casa para pedirnos los once mil euros que debía mi padre y tuve que decirle que no podía ir a sus clases de música. La había escuchado llorar noche tras noche.

Me crucé de brazos, mirándola.

—No puedo dejar que lo hagas.

—¿Y siempre vas a ser tú la que se sacrifique? —preguntó Alba bastante molesta—. ¿Cuánto tiempo llevas sin comprarte un pantalón o cuándo fue la última vez que fuiste a la peluquería?

—Eso solo son cosas superficiales, Alba.

—No lo son —exclamó—. A mí también me gusta ver cómo te arreglas y disfrutas de la vida. En estos meses has perdido mucho peso y no has parado de buscar un trabajo.

En eso tenía razón. Había estado todo el verano echando currículos para trabajar, pero siempre era lo mismo. Necesitaban a alguien con experiencia y yo no la tenía. Aún no entendía cómo había podido entrar a la oficina de turismo que había unas calles más abajo, aunque me lo podía imaginar. Mi nivel de inglés, alemán, italiano y francés era bastante bueno y en Madrid (sobre todo en verano) había mucha gente de esas nacionalidades. Sin embargo, al llegar septiembre, me habían echado.

—Por favor —me rogó.

Sopesé la posibilidad de decirle que no, pero no pude resistirme a ese puchero que solo ella podía hacer. La verdad era que necesitábamos el dinero y toda ayuda iba a ser necesaria para salir del bache.

—Está bien —dije en medio de un suspiro—, pero una sola mala nota y dejas de trabajar.

— ¡Gracias, gracias, gracias!

La vi irse por la puerta, saltando de la alegría. Negué secando una lágrima traicionera que había abandonado mi cuenca. Volví a fregar los cacharros que se habían acumulado de la noche anterior y le preparé a mi madre el desayuno. La pobre estaba en cama, presa de unos dolores de huesos infernales. Agarré el bote de las pastillas y saqué una; resoplé al ver que quedaban pocas y que pronto debería comprar más.

Y pagar la luz.

Y el agua.

Y la comunidad.

Y la deuda que nos había dejado mi padre.

Me estremecí pavorosa de todo lo que tendría que afrontar. Sin embargo, hice que esos pensamientos se esfumaran de mi cabeza. Agarré la bandeja que le había preparado a mamá y anduve hacia su cuarto. Toqué la puerta y entré. Mamá estaba recostada en la

cama, con unas grandes ojeras bajo sus ojos, y leyendo uno de sus libros favoritos.

—Buenos días, mamá ¿Qué tal te encuentras hoy? —pregunté sentándome en el borde de la cama.

Con cuidado dejé la bandeja en sus piernas. Ella intentó sonreír, pero solo consiguió hacer una mueca por el dolor. Bajé la mirada, no quería que viese como se me humedecían los ojos al verla de aquella manera.

—Buenos días, cielo. —Mamá agarró mi mano y volvió a intentar sonreír—. Estoy bien, cariño. ¿Y tú? ¿Se ha ido tu hermana ya a clase?

Mentira.

Se notaba en cada poro de su piel que estaba fatal, pero era por culpa de las pastillas para prevenir la metástasis que hacían que sus huesos doliesen hasta el punto de retorcerse y desear su propia muerte.

—Sí mamá Alba ya se ha ido y he terminado de poner la lavadora, de fregar, de hacer las camas y de preparar la comida.

Estaba orgullosa de haber hecho todo aquello, había sido complicado, pero lo había conseguido. Mi madre lo había hecho toda la vida, ¿por qué yo no? Me necesitaban e iba a estar para ellas, sobre todo para mi madre porque era quien nos había sacado adelante toda nuestra vida.

—Me sabe tan mal que tengas que hacer eso...

—Habrá días mejores, mamá Pero, por ahora, descansa. En unas semanas tienes la siguiente operación y debes de estar fuerte. —Me levanté de la cama y anduve hasta la puerta—. ¿Se me olvidaba! Le he dejado una copia de las llaves a Arely, me ha dicho que te hará compañía hasta que Alba vuelva de clase. Yo llegaré un poco más tarde de la universidad.

Arely era nuestra vecina del quinto, una chica de unos treinta años que se dedicaba a hacer uñas. Cuando mi madre volvió a recaer fue la primera en ofrecerse a pasar unas horas con ellas a cambio de nada. Era una bellísima persona.

—No sé cómo voy a agradecerte que hagas todo esto, Lucía. —Escuché que decía desde la cama.

Sonreí con la tristeza clavada en mi rostro.

—No tienes que agradecerme nada, mamá —Abrí la puerta para irme—. Volveré a las tres, tened cuidado y cualquier cosa, llámame.

Salí de la habitación y caminé hasta la puerta. Agarré mi mochila y miré la casa con nostalgia. Parecía que hubiesen pasado siglos desde que la alegría reinaba en cada pasillo de nuestro pequeño piso. La cocina comenzaba a tener alguna humedad y sus paredes blanquecinas se estaban volviendo grisáceas con el paso de los días. El reloj resonaba en la pared como si de una bomba contrarreloj se tratase.

Tic-tac.

Tic-tac.

Me acerqué al frutero de hierro que le había comprado a mamá y agarré una manzana roja que relucía entre tanta monotonía de colores. El gentío comenzó a acumularse cuando llegué al metro, a muchas personas no les gustaba la gran ciudad a causa del estrés o de las multitudes que había por la calle. Sin embargo, a mí me encantaba por el hecho de ser invisible. Nadie, a excepción de mi grupo de amigos y familiares, me conocía. Cuando salía a la calle y me dejaba llevar por la música de Sia, solo era Lucía. Cuando me embaucaba en una nueva aventura literaria en pleno metro, solo era Lucía. La gente no me miraba raro, simplemente pasaban de mi presencia.

Luego de diez minutos en metro, llegué a la universidad. Como todos los años, fui hacia el árbol donde nos reunimos.

— ¡Luc! —gritaron a los lejos.

Salí corriendo hasta saltar a los brazos de Naomi, mi mejor amiga desde que fuimos a la escuela infantil. Ambas habíamos elegido la misma carrera: Traducción e Interpretación.

— ¡Cuántas ganas tenías de verte! —exclamé abrazándola.

— ¿Para mí no hay abrazo?

Miré hacia el árbol, allí estaba Roberto de brazos cruzados y mirándonos con una ceja alzada. Su deslumbrante melena dorada brillaba con los rayos del sol, por no hablar de sus ojos. Tan azules como el mismo mar Caribe.

— Claro que sí idiota. —Reí y lo abracé.

Cuando estaba con ellos todos los problemas que tenía encima se me olvidaban y se esfumaban como el polvo.

— ¿Qué tal está tu madre, Lu? —preguntó Paula.

Me rasqué la nuca, mirando mis zapatos desgastados, y añadí — Está con dolores, pero bien al fin y al cabo.

Noté como Naomi posaba su brazo sobre mis hombros y chasqueaba la lengua.

— Si necesitas algo solo tienes que decirnoslo.

Ella era la única que sabía todo lo que me pasaba, los demás ignoraban que tuviese sobre mi espalda tantas deudas.

— Lo sé —suspiré—. Por cierto, ¿dónde se ha metido tu novio, Paula?

— Ha ido al baño. —Paula se pasó la mano por la cara—. Ayer debió comer algo en mal estado y ahora mismo estará cagando...

— ¡Vale, vale, vale! —exclamé asqueada. No quería imaginar lo que estaba haciendo.

— ¡Soy la única que se lo acaba de imaginar sentado en la taza y más rojo que un tomate de toda la fuerza que está haciendo? —se carcajeó Naomi.

— ¡Állete! —exclamó Roberto haciendo una mueca de asco.

— Mirad, ahí viene. —Paula salió corriendo para abrazar a Pablo, su novio. Queríamos quedarnos un rato más hablando bajo la sombra de nuestro particular árbol, pero no pudimos.

La hora de entrar a clases había llegado. Naomi agarró mi brazo y corrió hacia nuestro pabellón de estudio para, según ella, coger un buen sitio. De nuevo, ahí estaban, esas filas de madera que me hacían parecer una hormiga en comparación con la gran altura de la clase. A pesar de lo dura, además de cara, que era la carrera, estudiar me distraía. Era entretenido aprender un nuevo idioma con canciones, libros u otras actividades de ese tipo. Por ejemplo, era gran fan del anime y el *manga*. Mi afán por el japonés venía de ahí.

Sin embargo, cuando estábamos ya sentadas en primera fila, mientras que la clase se llenaba, el profesor avanzó hacia donde estábamos.

— ¿Es usted la señorita Lucía Rodríguez? —preguntó, mirando un listado.

— La misma, ¿pasa algo, profesor? —Su ceño estaba fruncido. Me alarmé cuando en sus ojos se reflejó un atisbo de tristeza.

— El decano quiere verla, por favor, vaya a su despacho de inmediato.

Naomi, extrañada, me lanzó su ya conocida mirada de incredulidad. No obstante, la que estaba flipando en colores era yo. ¿Qué había hecho yo ahora para que me

mandasen al despacho del decano?

—Claro —dije, sonriendo para aparentar tranquilidad. El profesor volvió a su antiguo puesto, recogí todas mis cosas y me colgué la mochila al hombro—. Luego te cuento —gesticulé con las manos hacia Naomi, ella asintió.

Salí de clase y me dirigí hacia el despacho del decano, preocupada. ¿Y si le había pasado algo a mi madre en los escasos cuarenta minutos que llevaba fuera de casa? Acabé sentada, esperando a poder entrar. Los nervios me carcomían, no paraba de estrujar con las manos la cinta que servía para colgar la mochila y, lo peor de todo, era el silencio que recorría la sala donde estaba. Podía escuchar los rápidos latidos de mi corazón atormentándome desde lo más profundo de mi pecho. Había tan solo unos asientos vacíos y varios cuadros con orlas de antiguos alumnos destacados en la fría e insólita sala de espera.

—Señorita Rodríguez, puede pasar.

Escarlata, la secretaria, me hizo pasar a un gran despacho. Allí sentado en un enorme sillón negro, tras una mesa de madera pulcra y barnizada, se encontraba el decano de la facultad. Se notaban sus años de experiencia ya que las canas cubrían gran parte de su pelo y bigote, vestía un traje azul marino y portaba una simpática y amable sonrisa en sus labios. Las comisuras de sus ojos, pequeños y achinados, estaban arrugadas.

—Siéntese, por favor. —Lo hice bastante tensa a pesar de su tono amable.

—¿Quería verme? —pregunté

«*Claro que quiere verte, estúpida! O si no, ¿por qué estás aquí?*», pensé

—Sí señorita Rodríguez —dijo, mirando unos papeles que tenía encima de la mesa.

—Puede llamarme Lucía.

—Oh, está bien! —exclamó, sonriendo—. El caso es que no hemos recibido el pago, Lucía.

—¿Qué pago? —pregunté, extrañada y apretando con fuerza mi mochila, que estaba en mis piernas.

—El pago de las tasas.

—Eso es imposible —hablé con los ojos muy abiertos—. Hice el ingreso, se lo aseguro.

Mi corazón comenzó a bombardear con fuerza, estaba hiperventilando. Era imposible que las tasas no estuviesen pagadas, yo misma fui al banco a dar la cuenta de mi madre para pagarlas.

—Te creo, Lucía, pero debe haber algo mal para que no nos hayan pasado el pago. Puede haber sido un error del banco. Por eso te doy una semana para aclararlo todo si no... —se quedó callado.

—¿Si no qué? —pregunté

—Deberías abandonar la universidad.

Capítulo dos

—¿Como que os han embargado la cuenta?

Naomi estaba atacada. Nos encontramos en El Retiro, apoyadas en la barandilla del lago. Había tenido que saltarme el primer día de clases para ir al banco. Pero ¿cuál fue mi sorpresa? Al llegar al banco y hablar con el director de la sucursal supe que nos habían embargado la cuenta por la deuda que nos había dejado mi padre. Ahora mi preocupación era otra, no tenía trabajo y nos embargaban casi todo lo que mi madre ganaba, hasta el último euro de la ayuda que nos daba el Estado. ¿De dónde mierda iba a sacar yo dinero para pagar las tasas, el agua, la luz y todo lo que se pusiera por delante? Porque, que yo supiese, no había ningún tipo de árbol del que creciese dinero.

Asentí resoplando.

—Eso me ha dicho el director del banco —dije dándome la vuelta y apoyándome en la barandilla—. ¿Qué hago? —Mi voz salió rota, sentí como Naomi me abrazaba.

—Lo primero es relajarte, vamos a dar una vuelta.

—No quiero dar una vuelta, quiero encontrar un maldito trabajo —grité frustrada, atrayendo la atención de algunas personas a nuestro alrededor. Me agaché y agarré varias piedras que encontré bajo mis pies, comencé a tirarlas al lago.

—¿Has echado currículos?

—Por todos lados —resoplé—. ¡Y nada! ¡No me quieren ni de cajera porque no tengo experiencia!

—¿Y en la oficina de este verano? —preguntó ella.

Negué repetidas veces con la cabeza.

—Me cogieron para cubrir bajas y vacaciones, les comenté de quedarme y me dijeron que no. Pero un no rotundo.

—¡Joder, tía! —exclamó Naomi fastidiada. Sin embargo, de repente, la vi abrir los ojos como platos—. Lucía, ¿y si te haces *Sugar Baby*?

La miré con el ceño fruncido.

—¿Quées una *Sugar Baby*?

Ella sacó su móvil del bolsillo y comenzó a teclear. Intenté echar un ojo a lo que estaba haciendo, pero me fue imposible por el reflejo del sol. Al final, acabó enseñándome el móvil muy cerca de mi cara, tan cerca que me rozó la nariz.

—Una *Sugar Baby* —habló ella—, es una relación de beneficio.

—¿Quieres que me haga prostituta?! —grité

—¡No! Es una relación profesional y con contrato incluido donde el hombre te paga una cantidad cada vez que quiera quedar contigo.

—Una puta, vamos. —La escuché reír.

—¡No! —Rio—. ¡Mira! —Volvió a acercarme el móvil a la cara. Entonces, pude ver una página que estaba buscando con tanta energía—. El hombre te especifica qué es lo que quiere, quedas con él y ya lo que veas. Si te gusta la cantidad que te ofrece y ves que el tipo es legal, pues que comiencen a rodar los billetes.

—¡Tú estás mal de la cabeza! La de pervertidos que debe de haber por ahí...

Naomi guardó el móvil y agarró mis manos suspirando.

—Escucha, sé que estás en una situación bastante... precaria. Piénsatelo, Lucía. ¿Quién sabe? Hay muchas chicas que se dedican a eso y se pagan los estudios o lo que les salga del bolsillo.

Rodéelos ojos. ¿Yo? ¿Una *Sugar Baby*? Reí

—Que no, que no —dije.

—Bueno... —Naomi miró la hora y abrió los ojos—. ¡Hostia! Tía, me largo, tengo que hacer la cena e ir al entrenamiento —resopló cansada—. ¿Nos vemos mañana en la uni? —asentí

—Claro, yo me voy con mamá

—¡Vale! —exclamó ella echando a correr—. Piensa en lo que te he dicho!

Comencé a caminar hacia el metro, daba gracias por tener descuento por ser universitaria si no me arruinaría con tanto transporte público. Volví a ponerme los auriculares. Intenté pensar en algo que no fuese la proposición que me había dicho Naomi, pero no pude. Tenía seis días para pagar las tasas de la universidad si no quería quedarme a puertas de sacarme la carrera. Necesitaba dinero para mantener una casa, a mi madre y a mi hermana. Apreté los puños y entré en el tren. Me quedé de pie, viendo como el túnel pasaba a toda velocidad. ¿Yo una *Sugar Baby*? Sería una locura.

Salí del metro sobre las siete de la tarde, el sol aún estaba en todo su esplendor, pero debía ir a casa y cerciorarme de que mamá estaba bien. Sentía presión en el pecho debido a todo el estrés que estaba sufriendo.

Llegué muy cansada a casa, nunca me había sentido así ¡Maldito padre! ¡Maldito hijo de...! ¿Por qué tendría que haber dejado una púa de once mil euros? Necesitaba descansar, desconectar de esta vida. No obstante, los gritos y risas acudieron a mí en cuando abrí la puerta de mi piso. Grité en cuando sentí que alguien venía corriendo hacia mí y me agarraba las piernas.

—Pero ¿quién es esto? —le preguntó Alba, quien estaba en la alfombra soportando el peso de Pilar, nuestra pequeña vecina. En cambio, su hermano Ian estaba pegado a mi pierna mientras se reía. Alba lo estaba pasando mal con esos dos diablillos—. ¡Alba! —le grité

—¿No ves que no puedo contestar? Estoy muy ocupada intentando ponerle la camiseta a esta niña del demonio... —la callé

—¡Alba!

—Vale, vale, me callo.

Me agaché para coger en brazos al niño de tan solo dos años y medio que no paraba de reír viendo como su hermana Pilar le daba guerra a Alba. La escena era muy graciosa. Había trabajado con esos dos niños en veranos anteriores y sabía de lo que eran capaces, Alba lo iba a pasar bastante mal hasta que los niños se acostumbraran a ella.

—Pilar, ponte la camiseta porque tu mamá está a punto de venir por ti. —La niña me miró con los ojos muy abiertos. ¡A saber lo que le habrá prometido su madre si se portaba bien! Esa mirada también la ponía conmigo y era por eso.

—¿Por qué hay tanto escándalo?

Me giré aún con Ian en brazos. Me sorprendí gratamente al ver a mamá levantada, ya que llevaba unos días postrada en la cama y solo se levantaba para ir al baño y poco más. Entonces, la escané detenidamente. Su pelo, corto, estaba bien peinado hacia atrás. Las duras sesiones de quimioterapia habían hecho que su larga melena castaña

desapareciera. Aún seguía teniendo esas grandes bolsas negras bajo sus ojos achocolatados que la perseguían desde que estaba tomando la medicación para la prevención de la metástasis. Sin embargo, hoy sus labios estaban curvados para arriba formando una adorable sonrisa que en muy pocas ocasiones había salido desde que le dijeron que el cáncer había vuelto.

—¿No te lo ha dicho Alba? Ahora es niñera. —Reí

Ian hizo el ademán de bajarse, pero no lo dejé

—Me acuerdo de cuando tú y tu hermana erais así de pequeñas. —Mamá sonrió nostálgica—. Aunque no te lo creas, tú eras más bicho que Alba. —¿Se refería a mí? ¿Yo un bicho?

—¿En serio? —preguntó Alba, resoplando. Al fin pudo ponerle la camiseta a Pilar.

Mamá se sentó en el sofá con cara de cansada. Era muy probable que hoy le doliera menos, pero el dolor aún seguía presente en cada uno de sus huesos. La vi asentir.

—Sí Lucía era mucho más revoltosa que tú, Alba. —Mi hermana se levantó con Pilar en brazos y se sentó al lado de mamá. Ella acarició la cabeza de la niña pequeña y, al final, tuve que dejar ir a Ian para que, de igual forma, se sentase en el sofá junto a su hermana—. Recuerdo una vez que se levantó en mitad de la noche y se puso a comer galletas escondidas, la tuvimos que llevar a urgencias con indigestión. —Río—. Pero, por muchas travesuras que hiciera, siempre acababa confesando.

—¿De verdad Luci era así? —preguntó Pilar ensimismada. La niña se había quedado sorprendida al escuchar que de pequeña era muy traviesa, para ella yo era una chica mayor y eso era inconcebible.

Mamá asintió. Sin embargo, la puerta acalló lo que quería decir. Alba, murmurando lo agradecida que estaba de que la madre de Pilar e Ian hubiese llegado ya, fue corriendo a abrirla. Los pequeños salieron corriendo hacia los brazos de su madre y le comenzaron a contar lo que habían hecho con Alba; más bien lo que le habían hecho.

Mamá y yo no podemos parar de reír, Alba se veía muy avergonzada de lo que relataban los pequeños. Fue entonces cuando escuchamos la puerta cerrarse. Mi hermana vino corriendo al sillón y se desplomó agotada.

—¿Estás cansada? —me burlé de ella con la mirada.

—No tenía ni idea de a qué me enfrentaba con esos dos... —comentó, haciendo reír a mamá

—Lucía te lo dijo, hija.

Perdí la noción del tiempo. Cuando quise darme cuenta, ya estaba en mi cama tumbada bocarriba y sin poder pegar ojo. Le había tenido que contar a mamá los problemas con el banco, pero me negué a decirle nada a Alba. La pobre había caído rendida en cuanto terminó de cenar. Todo estaba silencioso, me puse de lado y cerré los ojos para conciliar el sueño.

Nada.

Era imposible.

Mi cabeza seguía maquinando alguna forma de conseguir dinero antes de que me echaran de la universidad y de que viniesen todas las facturas. Suspiré cansada. Acabé por sentarme en la cama y apoyar mis codos en las piernas, dejé caer mi cabeza sobre las manos y comencé a llorar en silencio.

¿Por qué todo lo malo nos tenía que pasar a nosotras?

Tenía planes de futuro. Todas los tenemos. Mamá quería llevarnos de viaje a Londres, Alba quería hacer los exámenes para entrar en el conservatorio de música y yo

quer á acabar mi carrera y comenzar el máster.

Aún con los ojos empapados, di un vistazo a mi habitación. Las paredes en color cereza se habían oscurecido, el pequeño escritorio lleno de libros de estudio y papeles, la silla de ruedas negra para estudiar descentrada y la ventana que daba a la calle estaba semiabierta. Lo que más me gustaba de mi habitación eran las estanterías llenas de libros. Era una romántica empedernida que coleccionaba libros por doquier, incluso tenía algunos en la cómoda y en el armario porque ya no me cabían en las estanterías. Soñaba con que algún día yo también encontraría a esa persona especial que me hiciera sentir mariposas en el estómago. Sin embargo, en la oscuridad de la noche, volví a dejarme caer sobre la cama. Un largo y agónico suspiro salió de mis labios. Agarré el móvil que estaba en mi mesita de noche y miré la hora, solo eran las once de la noche. Era mejor dejar atrás todas esas ideas y centrarse en lo importante.

¿De dónde sacaba yo mil euros para pagar las facturas y las tasas de la universidad?

Entonces, de repente, la voz de Naomi resonó dentro de mi cabeza. ¿Podría ser yo una *Sugar Baby*? ¿De verdad podría haber alguien interesado en darme dinero por solo quedar con él? Inmediatamente, casi inconsciente, comencé a teclear en mi móvil la palabra *Sugar Baby* y mi sorpresa fue ver una página dedicada a ello. Respiré profundamente y entré en aquella página, la desesperación pudo conmigo. Rellené las preguntas que me hacía la página. Me hacía preguntas de todo tipo, en especial sobre mí físico y es que las chicas que había ahí metidas eran puras modelos de Victoria Secret. Incluso, me preguntaban por mis ingresos. Me relamí los labios, bastante secos, cuando llegué a la parte de las fotos. No pensaba poner una fotografía provocativa ni nada por el estilo. Fui a mi galería de imágenes y colgué tres muy sencillas donde solo se me veía la cara. Dudé en si continuar o no, no obstante, mi madre y hermana se apoderaron de mi mente. Su imagen la tenía clavada a fuego lento en mi memoria y si hacía esto era para pasar el bache.

Acepté las condiciones y entré en mi perfil.

Estuve un buen rato mirando la pantalla del móvil sin obtener respuesta de nadie. Aunque, ¿quién esperaba? Había cientos de tíos mucho más guapas que yo en las páginas, además de que esto debía ser la mayor tontería del mundo.

Dejé el móvil en mi mesita de noche, bloqueado, y recosté mi cabeza en la almohada para intentar coger el sueño ya que mañana tenía que seguir buscando trabajo.

Había sido una tontería apuntarme en la web de *Sugar babies*, nadie querrá a una chica tan normalita como yo teniendo a semejantes bellezas.

Capítulo tres

7 de septiembre de 2017

Desperté demasiado cansada, como si mi mente no hubiese parado en toda la noche. El cansancio hacía que mis ojos descendieran, ¿o era por haber llorado? No lo sabía, pero me parecía poco redundante pensar en ello. Debían ser las seis de la mañana cuando decidí levantarme de la cama y despezarse como siempre hacía. Lo primero que hice fue ir a mi armario y sacar algo de ropa cómoda para el día que tenía que afrontar. Sin embargo, mientras me duchaba, escuché a mi madre toser con demasiado ímpetu, como si hubiese estado fumando durante muchos años. Me preocupé lo último que necesitaba era que mi madre pillara un resfriado. En su estado, tan débil, podía ser hasta mortal. Salí de la ducha de inmediato y, aún con la toalla rodeando mi cuerpo, me dirigí a su habitación a paso acelerado.

—¿Estás bien, mamá? —pregunté en cuanto entré en su habitación.

La escuché toser aún más fuerte. Entonces me acerqué amarrando la toalla en un nudo, y toqué su frente. Estaba ardiendo.

—No te preocupes, cielo. —No quería preocuparme, pero se notaba la debilidad en su voz.

—¿Cómo no quieres que me preocupe? ¿Estás ardiendo, mamá?

A toda prisa, fui a mi habitación y me puse lo primero que pillé. Corrí de nuevo hasta el cuarto de mi madre, teléfono móvil en mano, y llamé a un taxi. El hospital más cercano, donde siempre nos habían tratado, estaba a quince minutos, pero me negaba a llevar a mi madre en metro tal y como estaba. Parecía débil, como si la vida se le estuviese escapando de las manos. Después de varios pitidos tras el teléfono, la agencia de taxis contestó y pude pedir uno. Sabía de sobra que el dinero no nos iba a caer de la chimenea (sobre todo porque no tenemos), pero era una urgencia.

Ayudé a mamá a levantarse de la cama, sin embargo, Alba apareció de repente soñolienta y frotándose los ojos. No obstante, al verme, su cara cambió radicalmente.

—¿Qué pasa? —preguntó, andando hacia nosotras.

—Nada —le respondí de forma seca, lo último que quería era que se preocupase.

—No me mientas. —Alba me escaneó con los ojos achinados—. ¿Le pasa algo a mamá?

Entonces, dejé caer todas y cada una de las barreras que había forjado para que Alba no se preocupase. Era mi hermana y debía saber el estado en el que se encontraba nuestra madre.

—Mamá está ardiendo, tengo miedo de que haya pillado un catarro o la gripe. En su estado no sé cómo podrá reaccionar su cuerpo.

—Mierda, mierda, mierda... —bramó Alba, demasiado enfadada—. ¿Has llamado a un taxi?

—Niñas —nos llamó mi madre—, ya os he dicho que estoy bien.

Fijé la mirada en ella, su sonrisa fingida guardaba las lágrimas que querían caer de sus ojos. La conocía demasiado bien.

—¿Has llamado a un taxi? —insistió Alba ignorando a mamá

—Viene de camino.

—Voy a vestirme —dijo ella, corriendo hasta su habitación.

—¿Alba ni se te ocurra! —grité ayudando a mamá a levantarse—. Tienes que ir al colegio.

—No pienso dejarte sola en el hospital, quiero estar a tu lado!

Me mordí el labio inferior orgullosa de la educación familiar que había obtenido mi hermana. No me iba a dejar sola en esto, ella iba a estar ahí para ayudarme en todo y apoyarme.

En menos de cinco minutos, Alba ya estaba vestida y ayudándome para que mamá anduviese hasta el ascensor del edificio. Bajamos, intentando no llamar mucho la atención de aquellos curiosos que vagaban su mirada hacia nosotras, y subimos al taxi. Justo como había pensado, en quince minutos ya estábamos en la puerta de urgencias y rellenando los papeles para que mi madre pudiese ser atendida por el médico. Al tener cáncer, mamá fue ingresada de inmediato. Nos aseguraron que no era nada grave, sobre todo por el pensamiento de que el cáncer se hubiese extendido, pero que su sistema inmunitario estaba débil y debía quedarse en observación durante varias horas.

Mi hermana y yo estábamos en la sala de espera para familiares, solas y con el resaca que entraba por una minúscula ventana. Olía a alcohol y a desinfectante, algo normal a lo que ya estaba acostumbrada por las idas y venidas al centro sanitario.

—¿Crees que mamá está bien?

Desvié mi mirada del techo a Alba, estaba nerviosa. No paraba de redoblar el borde de su camiseta hasta el punto de deshilarla. Suspiré antes de abrazarla.

—Claro que está bien —afirmé

—¿Por qué le tiene que pasar esto a ella? Mamá es una buena persona.

—La vida no es fácil y siempre le pone obstáculos a las personas que menos lo merecen —contesté abrazando a Alba aún más—. Escucha, ¿por qué no vas a por algo de picar? Con las prisas no has desayunado.

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y saqué dos euros que llevaba encima. Pero ¿qué iba a hacer mi hermana con solo dos euros?

—No te preocupes, Lu, llevo suelto —la miré a los ojos. Alba me estaba sonriendo de lado, sabiendo que esos dos euros eran un manjar de reyes.

Asentí orgullosa de tener una hermana como Alba. Ella no era como las niñas de su edad, al contrario. Alba se preocupaba por cosas más importantes que salir de fiesta o salir a cenar cada viernes por la noche. La vi irse por el pasillo, entonces, me derrumbé contra el respaldo del sillón y resoplé. Era como un mecanismo para no ponerme a llorar.

¿Qué iba a hacer? Tenía a mi madre en el hospital, no tenía trabajo y tenía que pagar las tasas de la universidad si quería seguir estudiando. Sin embargo, allí medio recostada en el maldito sillón de la sala de espera, comenzó a temblarme el móvil en el bolsillo de mi sudadera. Lo saqué viendo que era una llamada de Roberto.

Suspiré de nuevo.

Roberto había sido una parte importante de mi vida, salimos juntos una temporada e, incluso, fue mi primera vez. Pero me di cuenta de que para mí no era más que un muy buen amigo. No me arrepiento de nada de lo que hice con él, la verdad es que fue un caballero y comprendió mi situación. Sin embargo, a pesar de la confianza que tenía con él, le colgué. No quería hablar con nadie. Lo que necesitaba ahora era una solución a

mis problemas. ¿Dónde se encontrar á la lámpara maravillosa del genio de Aladdin? Pero me fijé en un emoticono en pequeño que hab á en mi móvil. Era una notificación. Extrañada, deslicé mi dedo para ver qué tipo de notificación era y me sorprendí al ver que no solo era una sino que hab á bastantes notificaciones de la página de *Sugar Babies* a la que me inscribí fruto de la desesperación.

Aluciné en colores.

Enseguida me metí y pude ver unos cuantos mensajes de los que supon á que eran *Daddys*. Hab á gente de edad avanzaba que me ped á citas y sexo a cambio de una cantidad de euros bastante alta.

Pero no, no iba a prostituirme. Me negaba a vender mi cuerpo, antes echaba el currículum en un McDonald's.

No obstante, hubo un mensaje que llamó mi atención. Su ortografía era impoluta, no como los señores (más bien viejos verdes que buscaban jovencitas para echar el casquete de turno) anteriores. Pinché en su fotografía y me quedé impactada. Parec á joven, como mucho unos treinta y pocos años. Ten á unos rasgos muy masculinos: mandíbula cuadrada, barba arreglada, pómulos firmes, cejas pobladas y unos ojos que derretir án la misma Antártida.

Era *sexy*.

Parec á sacado de una maldita revista de modelos masculinos de Calvin Klein.

Fui directa a su mensaje, suponiendo que su foto fuese real. Cómo bien hab á visto, su ortografía era impoluta (algo que me encantaba). Se hab á presentado como *Aries88* y esperaba que el número fuese su fecha de nacimiento y no su edad. Me propon á quedar para charlar y ver si pod á encajar en lo que estaba buscando, que según él era exclusivamente compañá. Su propuesta era quedar para cenar en un restaurante de nombre italiano justo hoy mismo y a gastos pagados.

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué miras tanto en tu móvil? —Salté del sillón al escuchar la voz de mi hermana. Enseguida, guardé el móvil en el bolsillo de mi sudadera y sonreí nerviosa.

—Nada.

—Seguro que era Roberto pidiéndote otra oportunidad. —Rio.

«Si solo fuera eso...», pensé para mis adentros.

—Algo así—dije, riendo nerviosa—. ¿Qué es eso que llevas ahí?

Alba se sentó a mi lado y me pasó un cruasán relleno de chocolate.

—Te lo he traído, come y calla.

Me lo comí sin rechistar, estaba delicioso. Si hab á una palabra que me definirse ser á golosa, me encantaba toda la bollería y chucherías que encontraba en tiendas o supermercados. Sin embargo, volvía a la cruel realidad cuando el médico se dirigió a nosotras. Mamá hab á pillado un resfriado del quince y estaba muy débil, nos dijo que deb á pasar la noche en observación. Alba me miró con preocupación, demasiada para solo una niña de quince años. Sin embargo, intenté serenarme.

—Alba, quédate con mamá y yo iré a por algo de ropa para pasar la noche con ella.

—No. —Me miró con reproche—. Yo también me quedaré. Además, me ha dicho Naomi que tenés que comenzar un trabajo de no sé qué —Sus manos fueron hasta sus caderas—. ¿Por qué no me dejas con mamá un rato y tú puedes ir a estudiar?

—¿Cómo sabes eso? —pregunté mirándola extrañada.

—He hablado con ella.

—¿Cuándo has hablado con Naomi? —Puse mis manos en mis caderas y fruncí el

ceño.

—Cuando estaba en la cafetería, no le cogías el teléfono y me ha llamado a mí

—No me creo que mi amiga tenga el número de una enana de colegio como tú —Me burlé de ella, Alba chasqueó la lengua.

—Si no fueses tan despistada...

—No soy tan despistada —repliqué enfurruñada.

—¿Quién se dejó el móvil dentro del frigorífico? —Alba levantó sus cejas en señal de burla.

Acabé soplando y asintiendo.

Era una despistada sin arreglo. Bien podías decirme qué iba a estamparme con una farola que como estuviese en mi mundo ni me enteraba.

—Señoritas —la enfermera llamó nuestra atención— ya pueden entrar a ver a su madre.

Capítulo cuatro

Hacía poco que había llegado al portal de mi edificio hecha un manojo de nervios. Debían ser las dos de la tarde cuando Naomi apareció toda sudada y agitada por el mensaje que le mandé respecto al hombre que me había ofrecido quedar.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó incrédula.

Abrí la puerta de mi edificio y entramos en total silencio, acariciando el fresco que recorría el ambiente.

—No, me entró curiosidad y me apunté a la web. —Entramos en el ascensor y subimos a mi casa. Al entrar, Naomi se lanzó al sofá—. Mira.

Entré en la página y le di a la foto de *Aries88*, le pasé el móvil a Naomi y millones de maldiciones comenzaron a salir de su boca.

—Está como un queso. ¿Qué vas a responderle?

Me senté a su lado en el sofá y subí los hombros.

—No tengo ni idea —dije—. Es el único que no me ha ofrecido sexo, pero no termino de fiarme. ¿Y si echo el currículum en un McDonald's?

—Si te cogen y te pagan en tres días el dinero que necesitas para saldar las cuentas...

Naomi había optado por un tono bastante sarcástico. Le di un puñetazo en el brazo, mordíéndome el labio inferior para no hacerle mucho daño.

—No me eres de mucha ayuda.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó—. Por lo que estoy leyendo el hombre solo quiere algo de compañía, no todos van a ser unos salidos. Y tú necesitas dinero urgentemente.

—Tengo a mi madre en el hospital.

Me levanté del sofá y fui hasta la habitación para coger ropa.

—¿Y? —Naomi era imparable—. Se acabó, le voy a responder yo.

—¿Qué? —Me asomé por la puerta para ver cómo Naomi comenzaba a escribir. Dejé caer todo lo que llevaba en brazos para correr a su lado y quitarle el móvil. Ya era tarde, su respuesta había sido la fía por *Aries88* y se encontraba escribiendo—. ¿¡Estás loca?! —le grité.

—Del coño, nena. —Rio.

—Yo no me estoy riendo.

En aquel momento resonó una notificación. Tragué saliva y bajé la mirada hasta la pantalla del móvil. Me sorprendí al ver su respuesta:

Aries88

Perfecto, quedamos a las ocho de la tarde en el restaurante

GIOIA el sábado. Pregunta por Aries88 y, recuerda, pago yo.

—¿Qué ha respondido? —preguntó Naomi.

No sabía qué responderle. Acababa de quedar con un hombre que no conocía de nada

en un exclusivo restaurante italiano. Entonces, Naomi me quitó el móvil y comenzó a chillar.

— ¡Tenemos que buscarte algo elegante!

—Pero ¿tú estás mal de la cabeza? ¿Te faltaron días en la incubadora al nacer? — pregunté

Enfadada conmigo misma, fui a recoger la ropa que había tirado.

—Escucha, iré contigo y me quedará vigilando —dijo—. Esto debe ser como en *Pretty Woman*.

Juraré que sus ojos se iluminaron.

— ¿Estás orgullosa de que sea una especie de *escort* de lujo? —le pregunté incrédula.

—Imagínate que acabas encontrando al amor de tu vida. —Naomi parecía un maldito *emoji*, la única diferencia era que sus ojos no podían ponerse como corazones.

La miré con una ceja alzada y añadí

—A ti te faltan días de incubadora.

—Es tu decisión, Lu. Pero sabes bien que el dinero te hace falta.

—Lo que no entiendo —metí la ropa en una mochila— es tu insistencia. ¿Cómo puedes fiarte tanto de una web y de unos hombres que no conoces?

Sin mirarla, la escuché suspirar. Le estaba dando la espalda, sin embargo, su respuesta hizo que me girase.

—Porque yo también acudí a esa web cuando comencé la universidad. ¿Cómo te crees que me pago los semestres?

— ¿Eres *Sugar Baby*? —le pregunté con los ojos abiertos. Naomi asintió

—Quedo con mi *Daddy* una vez por semana. Tuve suerte de que fuese un hombre amable, algo mayor, pero que solo busca compañía porque su familia no le hace caso.

— ¿Llevas así cuatro años? —Apreté la mandíbula, ofendida de enterarme ahora de estas cosas.

Asintió

—Si no te conté nada fue porque pensaba que me juzgarías.

Puse mis manos en mis caderas, Naomi tenía la cabeza gacha. Estaba como avergonzada.

— ¿Por qué iba a juzgarte? Eres mi amiga, mi mejor amiga.

—Lo sé

—Esto es una locura. —Pasé mi mano por mi nuca—. Voy a quedar con ese hombre, pero necesito que vigiles por si es un perverso.

—Vale, por cierto, ¿tiene como un diamante en platino en su perfil? —preguntó

Me quedé en duda, volví a coger el móvil y miré su perfil. Afirmativo.

—Sí lo tiene. ¿Es malo?

—Para nada. —Rio Naomi—. Esos son de los que más te puedes fiar y son los que más dinero te ofrecen. Has tenido suerte.

—De todos modos no sé si fiarme mucho —dije—. Imagínate que el 88 es por su edad...

Naomi rio, pero se levantó para ayudarme.

—Piensa en que te puede salvar hasta que te llamen de algún trabajo. —Naomi agarró una de las mochilas y se la colgó al hombro—. Entonces, ¿quedamos a las seis aquí? Así te arreglas de forma elegante. Y no me mires así no voy a dejar que lleves un vaquero.

—No me parece bien dejar a mi madre en el hospital sola tal como está. Además,

¿qu é le dir á? «Mam á voy a quedar con un desconocido que me ofrece dinero a cambio de cenar con él».

La escuch é re í.

—Te dar á un chancletazo. —Naomi abri ó la puerta de casa y sali ó, esper ándome apoyada en la pared—. Dile que tienes que hacer un trabajo conmigo y que llegar á tarde, Alba est á con ella.

Cog í las llaves y sal í cerr é la puerta bastante dubitativa. Ambas comenzamos a caminar hasta llegar al ascensor en pleno silencio. ¿Qu é iba a hacer? ¿Arriesgarme a ir o quedarme quieta y perder la oportunidad de terminar mi carrera? Me quedaban solo tres d ías para realizar el pago de la matr ícula y no ve á otra salida m ás que esa porque a ún no me hab ían llamado de ning ún trabajo. Esperando al ascensor, cada una apoyada en una pared y sumergida en su mundo de ideas, me sobresalt é al escuchar la voz de Naomi de nuevo.

—Yo tambi én tuve miedo, pensaba que me violar ían o algo —confes ó mirando sus zapatos—. Pero descubr í que en esa web hab ía m ás que salidos mentales. Tambi én hay personas que por cualquier motivo buscan la compa ñ ía de gente m ás joven que ellos. En mi caso, con mi *Daddy*, result ó ser por querer sentirse joven y no un abuelete al que su familia no le hac ía ni caso. Decid í gastarse la herencia en él y ayudar a alguien que lo necesitase.

Subi ó su mirada hasta fijarse en mí con una sonrisa torcida en los labios.

—¿De verdad hay hombres buenos en esa web? —pregunt é mordidome la mejilla por dentro. Naomi asinti ó

—Aunque parezca raro, s í hay hombres que solo quieren compa ñ ía para pasar sus últimos años de vida. Yo llevo con mi *Daddy* cuatro años, con un contrato estipulado y todo.

—Vi éndolo as í.. —coment é

—Es una oportunidad, si ves que no encajas con el hombre, no lo vuelves a ver en tu vida —dijo—. Adem ás, la p ágina tiene reglas. Si te pones en contacto con el servicio diciendo que un *Daddy* al que le has dicho que no te est á acosando, lo vetan.

Decididas a dejar el tema para otro momento, Naomi y yo salimos del edificio y anduvimos por las transitadas calles de Madrid hasta llegar al hospital. Naomi hab ía dejado el tema a parte, habl ándome de Roberto. En estos momentos, Roberto me parec ía un maldito dolor de cabeza. Le ten ía much ísimo cari ño, pero comenzaba a hartarme de que insistiera tanto en volver con él.

—Est á coladito por ti —dijo Naomi—. Cuando lo dejasteis le rompiste el coraz ón.

—No siento m ás que cari ño por Roberto. Adem ás, no estoy como para pensar en amor ós.

—Pero fue tu primer chico. —Naomi palme ó mi hombro con burla.

—¿Éramos unos cr ós! —repliqu é

Naomi cruz ó el paso de peatones con el sem áforo en rojo y me esper ó en la acera de enfrente, con las manos en sus caderas y metidome prisa. Acab é cruzando la calle, jug ándome la vida en las incestuosas y peligrosas calles cercanas al hospital.

—¿Cu ánto hace que no hechas un casquete? —me pregunt ó subiendo y bajando sus cejas.

Resopl é

—Desde que lo dej é con Roberto. —Naomi abri ó los ojos exageradamente—. ¿Qu é esperas? No soy de tirarme al primero que me pasa por delante.

—Eso es porque eres una romántica empedernida, no puedes negarlo. Estás loquita por los personajes literarios que lees cada noche antes de irte a dormir.

La miré con reproche. Ese era mi mayor secreto, me encantaban los libros románticos, sobre todo los clásicos. Lo que ahora se tomaba como micromachismo (que un hombre, por ejemplo, te abriese la puerta) a mí me parecía pura caballerosidad. Y me encantaba leer libros donde el protagonista era todo un caballero, de esos que te cortejaban.

—Es posible. —Reí

Llegamos a la puerta principal del hospital, Naomi subió conmigo a la habitación de mamá. De nuevo, ese olor tan familiar a alcohol y desinfectante invadió mis fosas nasales. No me gustaban los hospitales. Alba se encontraba haciendo deberes, sentada en un sillón cercano a mamá. Las enfermeras se habían encargado de que en la habitación solo estuviésemos nosotras. Incluso nos trajo una bandeja de comida. Sin embargo, cuando el médico pasó a hacer su chequeo, me sacó a rastras de la habitación.

—Tengo que irme a casa, ¿vas a aparecer en el restaurante o te vas a rajar? —preguntó en voz baja.

Lo pensé por unos minutos hasta que acabé respondiendo.

—Nos vemos en mi casa a las seis, mañana.

Capítulo cinco

8 de septiembre de 2017

Por última vez, me miré en el espejo de cuerpo entero que tenía tras mi puerta. Volví a pasear, para planchar, mis manos sobre el vestido que Naomi me había prestado. Una hermosa pieza de color azul oscuro, con la manga tres cuartos de encaje y de medida un poco más arriba de la rodilla. Sin duda, un vestido espectacular al que Naomi me había hecho acompañar con unos bonitos, y enormes, tacones en un tono crema.

—Estás guapísima, Lu.

Miré a Naomi a través del espacio. Se encontraba en mi cama, tumbada y con la cara apoyada en sus brazos.

—No sé si esto es una buena idea —dije, admirando la tela del vestido.

—Te he presionado demasiado. —Naomi me miró arrepentida—. Lo siento, no era lo que pretendía.

Me giré sobre los talones y le sonreí

—Sé de sobra que lo has hecho por mí pero estoy cagada del miedo. ¿Y si no es quién dice y me hace algo? Necesito el dinero, he mandado mi currículum a muchos lugares y ninguno dice nada. —Anduve hasta la cama y me senté a su lado. Acabé tumbada y resoplando sobre la mullida cama.

Naomi se removió y se sentó con las piernas cruzadas a lo indio.

—¿Estás segura de esto? —preguntó.

—No, pero necesito el dinero. Además, ¿estarás ahí por lo pueda pasar? —Ella asintió.

—Claro que sí. Anda, ven que te arregle el pelo.

Nos levantamos y fuimos hacia una improvisada peluquería que nos habíamos montado en mi habitación. Me senté en la silla de cocina y dejé que Naomi hiciera magia en mi cabello castaño oscuro. Terminó por hacerme una cola alta, bien planchada y dejando ver, según Naomi, mis enormes ojos azules con motas verdes.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantan tus ojos? Son espectaculares, Lu.

—Son normales, Naomi, no tienen nada de especial —dije sincera.

Así lo pensaba. Mi hermana Alba y yo éramos muy parecidas, las únicas diferencias eran que ella tenía los ojos más verdes y el pelo rizado como mamá y yo los ojos azules y el pelo liso como mi padre, el gilipollas que nos dejó tiradas.

Mirarme al espejo era verlo reflejado en mí o yo en él, una de dos.

—Eres guapísima y no lo quieres admitir. —Naomi fue hasta un cajón de mi cómoda y saco un estuche de maquillaje—. ¿No tienes maquillaje?

—Tengo una crema hidratante con color, si uso maquillaje me salen granos.

—Eso vamos a evitarlo, no quiero volver a verte con acné por toda la cara. Vaya años más asquerosos que pasamos, ¿te acuerdas?

—No compares mis volcanes de la era prehistórica con tus pequeños poros. —Reí.

—Que payasa. —Rio ella—. ¿Te echo mucho potingue o quieres algo más natural?

—Natural, por favor.

Y así lo hizo.

Naomi me maquilló de forma sencilla, para nada extravagante. Lo único destacable, a mi pesar, eran los ojos. Naomi se había esmerado mucho en dejarlos impecables para que el azul resaltase.

—Me siento fatal, mi madre está en el hospital con mi hermana y yo aquí.

—Lo haces por ellas, para sacarlas adelante. —Naomi dejó el labial encima de la mesa de estudio e hizo que me levantara de la silla—. Os han embargado la pequeña nómina que tiene tu madre por la deuda del coche de tu padre, ¿cómo piensas sobrevivir con apenas doscientos euros? ¿Cómo pagas la luz, la casa, el agua, el colegio, la universidad y el tratamiento de tu madre? Quizá ellas no sepan el esfuerzo que estás haciendo mientras intentas buscar un trabajo «normal». —Hizo las comillas con sus dedos cuando dijo normal.

—Lo sé pero me siento como una prostituta.

—No eres una puta, Lu. No vas a venderte por sexo, eso que te quede claro —dijo Naomi con el rostro serio. La vi mirar el reloj de pulsera que llevaba—. Son casi las ocho menos veinte, ¿vamos yendo al lugar? No quedaría bien llegar tarde.

Asentí

No pude ocultar el nerviosismo que me embargaba por todo el cuerpo. Iba a hacer una locura por salvar a mi familia, pero ellas lo merecían.

Entramos en el metro y, con toda la suerte del mundo, encontramos dos asientos libres. Miraba cada dos por tres las estaciones que faltaban para bajarnos.

Cinco paradas.

—Relájate, Lu, voy a estar vigilando.

Mi pie no paraba de taconear el suelo del tren subterráneo.

Cuatro paradas.

—Lo sé pero no puedo evitarlo. Me tiemblan las piernas. Parezco una maldita gelatina.

—Tú solo relájate e intenta ser tú misma, sin contar aspectos de tu vida privada. —Naomi era la experta en este tipo de cosas, le haría caso.

—Está bien. ¿Y si no es lo esperado?

—En caso de que no sea quien esperas, se intente propasar o cualquier otra cosa, te rascas la oreja y llamo a la policía —dijo ella.

—¿Y si me hago el pelo para atrás? ¡No confundas señas, Naomi! Te conozco.

Tres paradas.

—¿Estás insinuando que soy una despistada? —preguntó, haciéndose la ofendida.

—Eres la persona más despistada que hay en la faz de la tierra.

—Qué ataque más gratuito. —Naomi miró de nuevo su reloj—. Quedan diez minutos para tu cita con *Aries88* —canturreó.

—Eso, tú ponme más nerviosa —llevé mi mano a la coleta y comencé a toquetear las puntas de forma nerviosa. Era un acto reflejo, si me ponía nerviosa comenzaba a tocarme el pelo.

—¡Déjate el pelo! —exclamó.

Dos paradas.

—Será mejor que nos levantemos para salir. —Naomi me ayudó a levantarme por los meneos que daba el tren por la velocidad.

Acabé agarrada de una barra para no matarme. Otra cosa que me gustaba de estar en la capital era que nadie se fijaba en cómo ibas y si lo hacían, les importaba un rabano.

No obstante, antes de poder divagar en mis pensamientos, me vi saliendo del metro hacia el restaurante en el que hab ía quedado con *Aries88*.

No pude evitar recordar su fotograf ía en el perfil de la web. ¿Ser ía el de la foto o no? A ún pod ía recordar sus rasgos masculinos, un hombre que no se comparaba a nada de lo que hab ía visto hasta el momento.

En pocos minutos la GIOIA se plantó bajo nuestros pies. Un restaurante muy elegante y costoso que ten ía *maître* en la puerta de entrada. Tragu é saliva, parando en seco justo antes de cruzar la calle.

—¿Est ás bien, Lu? —pregunt ó Naomi, agarrando mi mano con cari ño.

—Estoy muy nerviosa.

—Lo sé nena, pero tienes que relajarte. ¿Vale? Todo va a salir bien. —Naomi besó mi pu ño en se ñal de confianza.

—¿Por qu é a m í y no a otra de la web? —pregunt é—. Hab ía bellezones y entre ellas me escoge a m í..

—Te infravaloras, Lu. Eres mucho m ás bella que esas chicas operadas de cabeza a pies.

—¿Y si no consigo nada con esto? —Me mord íel labio.

—Lo vas a conseguir, ahora, vamos, llegar ás tarde.

Dicho y hecho.

Me plantédelante del *maître* en menos que cantaba un gallo.

—¿Cu ál es su nombre, se ñorita? —pregunt ó el hombre mirando la lista.

Me aclaréla garganta y le dije lo que *Aries88* me hab ía escrito.

—Tengo una mesa reservada a nombre de *Aries88*.

El *maître* me miró con las cejas alzadas, pero al volver a mirar la lista, pareció entenderlo todo.

—S ígame, se ñorita.

Mir é hacia la otra esquina y me desped íde Naomi. Nerviosa, segu íal *maître* hasta una mesa en un peque ño reservado que daba a la calle, me senté justo frente a la ventana, viendo a Naomi sacar una bolsa de chucher ás de su bolso.

Estaba sola en la mesa, muy bien arreglada. Respir é varias veces, jugando con la punta del cuchillo que estaba envuelto en la servilleta. Mir é el reloj que hab ía en la pared del restaurante, fij ándome en otras parejas que se encontraban cenando.

«¿Y si ha sido todo una broma y no aparece?», me pregunto a m í misma mientras repaso el borde de la copa para vino con uno de mis dedos. ¿Qu é har ía? Necesitaba el dinero con urgencia si no quer ía quedarme sin estudios en el último año.

Suspir é mirando a Naomi a trav é del cristal. Sin embargo, una aterciopelada voz masculina hizo que el vello de mis brazos se erizara.

—Disculpa la tardanza, he tenido una reuni ón de última hora.

Mir é a Naomi, que estaba con la boca exageradamente abierta.

Mi coraz ón se aceleró y tragu é saliva. Poco a poco, me gir é para verlo. Me top é con su torso, bien definido, enfundado en una chaqueta del m ás sublime tejido. Sub í la mirada y mi sorpresa se hizo notable en cada uno de mis rasgos.

¡Era él!

Me qued é embelesada con sus ojos, que me miraban expectantes, de un tono verde con notas marrones. Me levant é de inmediato, avergonzada por haberme quedado como una tonta mir ándolo.

—No... No pasa nada.

Aries88 era real y me daba cuenta de cuan masculino era. Debía medir bastante, quizá uno noventa y algo. Su pelo estaba echado hacia atrás y más corto en los lados, de un color que rozaba el negro, pero con reflejos más claros. Las cejas pobladas y bien arregladas, pestañas largas y rizadas, nariz de estilo romano y labios rellenos. La barba le quedaba muy bien y ni hablar del traje. Me encantaban los hombres en traje.

—¿Llevas aquí demasiado tiempo? —preguntó, cediéndome la silla para que me sentase.

—No, apenas cinco minutos —dijo.

Me senté frente a él. ¿Os he dicho que nunca en mi vida había visto un hombre tan apuesto como él? Debía de ser modelo o actor.

El *maître* apareció de inmediato con dos cartas, nos las dio y al ver el precio de los platos mis ojos saltaron de sus órbitas.

—Puedes pedir lo que quieras. —Lo miré estaba mirándome por encima de la carta y jurar que tenía una media sonrisa en sus labios.

«Bienvenida al mundo de los hombres que hacen que mojes las bragas con solo una sonrisa», me dije a mí misma.

—Eh... —tartamudeé—. Esto es demasiado caro.

—No te preocupes, pago yo —dijo.

Tragué saliva, asintiendo. Miré la carta de nuevo, sin parar de taconear el suelo. El corazón aún me iba a mil por hora, acelerado y basto pensaba que se me iba a salir del pecho.

—Esto es un poco incómodo —dije, con la voz leve. Dejé la carta a un lado y subí la mirada para ver cómo *Aries88* me miraba expectante y serio.

¿Desde cuándo llevaba mirándome de esa forma tan intensa?

—¿Tú crees? —preguntó, dejando la carta a un lado.

—Sí —respondí segura—. Ni siquiera sé tu nombre...

—En eso tienes razón. —Y ahí señoras, fue donde caí en que tenía una sonrisa cerrada de encanto, de esas que hace que te derritas tan solo mirarla—. Soy Alejandro, Alejandro Arias, encantado.

Alejandro.

Qué bien sonaba su nombre en mi mente...

—Soy Lucía, Lucía Rodríguez. Aunque me llaman Luci o Lu.

Alejandro me volvió a sonreír.

—Bonito nombre, Lucía.

¿Podría enamorarme de una persona con solo verla? Alejandro poseía una voz aterciopelada que te encandilaba nada más escucharlo. Y esos labios... ¡Madre mía! Qué ganas de lanzarme a probarlos.

»A ti lo que te pasa es que el coño te está haciendo palmas, guapa, «me dije a mí misma.

Me di una bofetada mental y volví al restaurante GIOIA.

—Gracias —me sonrojé un poco por su halago. Aparte de Roberto, nadie me había dicho cosas como que mi nombre fuese bonito ni me habían cedido la silla para sentarme y, aunque fuese un micromachismo, a mí me encantaba.

De repente, el camarero nos irrumpió con un acento de lo más italiano. Gracias al cielo lo entendía la perfección.

—*Cosa vogliono i signori?*¹ —dijo.

Entonces, miré a Alejandro, quien me miraba de nuevo a través de su carta, expectante y desafiante. El hijo de perra quer á comprobar si de verdad sab á italiano! Seguro que, y son suposiciones, se hab á estudiado mi perfil de pe a pa y quer á comprobar si era verdad.

—*Buona sera, voglio la piadina e la bistecca alla fiorentina*² —dije, cerrando la carta y sonriendo en su direcci ón.

Alejandro sonrió con satisfacci ón, comprobando as íque no era una mentirosa.

—Lo mismo que la se ñorita y traiga una botella del mejor vino que tengan —se atrevió a pedir.

—¿Celebramos algo? —Una de mis cejas se alzó cómicamente. Miré con disimulo por la ventana para ver a Naomi muy entretenida mir ándonos, solo le faltaban las palomitas.

—Que he encontrado a la candidata perfecta, Luc á, eso celebro.

¹ ¿Qu ées lo que van a querer los se ñores?

² Buenas noches, yo voy a querer piadina y *Bistecca alla fiorentina*.

Capítulo seis

¿A qué se refería Alejandro con qué había encontrado a la candidata perfecta? ¿Perfecta para qué? Dudé en si preguntarle o no, luego de estar varios minutos callados. Sin embargo, al final opté por decirselo. No podía callarme, necesitaba saber de qué se trataba esto.

—¿A qué te refieres?

Un camarero se acercó y nos llenó las copas de vino. Alejandro bebió, sin quitarme la mirada de encima. Se la mantuve.

—Necesito una mujer para hacerme un trabajo. —Dejó su copa y cruzó sus manos en la mesa.

Alcé una ceja.

—¿Hacerte un trabajo? —pregunté

Ni de coña iba a hacerle un trabajo! ¿Qué se creía que era? ¿Una prostituta? Me puse en tensión. Sin embargo, de repente, Alejandro pareció comprender sus propias palabras y comenzó a gesticular con los brazos.

—No, no, no —se apresuró a responder—. No me refiero a eso —bajó unos tonos su voz y se acercó sobre la mesa a mí—, no quiero sexo.

Solté el aire de mis pulmones y reí no pude contenerme. Ante situaciones incómodas o inapropiadas, me reía. Podía parecer un gesto de mala educación, pero así era yo. No obstante, me sorprendía escuchar a Alejandro reír, pero a la vez de una forma ronca.

«Respira, Lucía, respira», me dije, mordíéndome el labio inferior. Me encantaba esa risa, se había quedado grabada en mi mente.

—¿Te das cuenta de lo mal que ha sonado? —le pregunté

—Sí me doy cuenta. —Alejandro rio suavemente.

Con disimulo, miré por la ventana. Naomi se había sentado en un banco cercano, comiendo chucherías como una posesa.

El camarero llegó con nuestros platos, volvió a llenar su copa de vino y se retiró. Fui la primera en probar la deliciosa comida italiana, tuve que contenerme para no gemir del placer al probar el plato. ¡Estaba delicioso!

—¿Te gusta? —me preguntó y yo asentí—. Me alegro muchísimo, Lucía.

—¿Puedo preguntarte algo? —Dejó el tenedor a un lado y bebió de mi copa.

—Ya lo estás haciendo. —Rio con suavidad—. Claro, dime. Si está en mi mano te responderé

—¿Por qué haces esto? No creo que te haga mucha falta encontrar compañía en una web.

Entonces, fue cuando a Alejandro se le oscureció la mirada llena de recuerdos desafortunados. Sus manos se cerraron en medio de la mesa, miró por unos segundos hacia abajo y luego subió su vista hasta mis ojos.

—Eso es algo demasiado personal —dijo.

Asentí con una mueca en los labios. Esa mirada tan profunda me demostraba la horda de secretos que guardaba en su interior, en lo más profundo de su corazón para que

nadie pudiese entrometerse en su vida de forma íntima.

—Claro. —Sonre í—. Lo entiendo.

—¿Y tú? ¿Por qué decidiste meterte en la web? No creo que sea por falta de pretendientes. —Alejandro bebió y comió, fijando su mirada intensa en mí

Me mordí el labio, mirando para abajo. Sus ojos saltaban en chispas de interés y yo solo podía repetirme una y otra vez que esto solo era algo de conveniencia.

—Digamos que me hace falta el dinero y no encuentro otra solución.

Comí de mi plato, aún sin mirarle a los ojos. Me ponía nerviosa su mirada entre verde y marrón. Muy nerviosa. Era demasiado intensa. Si a eso le sumabas su atractivo y lo que me hacía sentir con solo una mirada...

¡Madre mía! Me parecía a Naomi, pero nunca un hombre me había atraído tanto físicamente.

—Entiendo —dijo.

Subí mi mirada y dejé el tenedor cerca del plato.

—¿Qué te parece si te doy el contrato y en casa lo miras con tranquilidad?

El camarero vino y retiró los platos.

Alejandro sacó del pequeño maletín de oficina que llevaba unos papeles que supuse que era el contrato.

—Quiero que todo esto sea legal, como un trabajo —apuntó

Asentí cogiendo los papeles y tragué duro. «Esto va muy en serio» pensé

—Me parece bien. —Le eché una ojeada a los papeles, todo parecía bien estipulado.

—Para que entiendas, necesito a una mujer para acompañarme a ciertos lugares: reuniones de trabajo, galas benéficas, viajes de trabajo... Todo pagado por mí por supuesto.

—Aquí —comenté mientras señalaba con mi dedo una cláusula del contrato— pone que debo quedar contigo cuando me necesites. El problema es que estudio y no sé si podré asistir a lo que me dices.

—¿Qué horario tienes?

—De mañana —dije.

—Bueno, puedo intentar que las reuniones sean por la tarde.

—¿Y los eventos? —pregunté leyendo el contrato.

—Son en fin de semana, al igual que los viajes. De verdad, te necesito Lucía. Eres la primera mujer que no me miente en la cara para conseguir dinero.

Suspiré cuando mi vista cayó en el dinero que me llevaría cada vez que quedase con él. Sin embargo, me negaba a reconocer que este impresionante hombre necesitase compañía femenina para estas cosas. Y mucho menos que necesitase a alguien como yo.

—Sigo sin creer que me necesites. ¿Por qué yo?

—Ya te lo he dicho, Lucía —contestó, rascándose la nuca—. Eres la primera mujer que no me miente, eres inteligente, hermosa y educada. Las mujeres de la web con las que he quedado eran unas mentirosas, decían tener ciertos requisitos que buscaba solo para sacarme el dinero. No busco una relación sexual, no quiero una mujer solo hecha de plástico. Necesito una mujer real, Lucía, y esa eres tú.

Los colores me subieron de inmediato. No podía creer que un hombre como Alejandro pensase que era bonita. No, bonita, no, hermosa había dicho. Pero lo más sorprendente era saber que pensaba que era inteligente. Me habían catalogado de muchas cosas: Guapa, bella, sabelotodo, empollona... pero nunca de inteligente y hermosa. Para mí eran palabras mayores por el hecho de ser pronunciadas sin lascivia

alguna.

—¿Qué te parece si nos comemos el postre? —le pregunté mirando el plato. Subí la mirada y le sonreí algo avergonzada—. Te prometo mirar el contrato y decirte algo lo antes posible.

Lo vi sonreír en mi dirección de forma sincera, sin enseñar sus dientes. Me hizo caso, comenzó a comer de su postre.

—Entonces, ¿estudias Traducción e Interpretación? Tienes un acento italiano muy trabajado, casi perfecto. ¿Has ido alguna vez a Italia?

—Sí estudio eso, pero no, nunca he salido del país. ¿Y tú? ¿Has viajado mucho? —asintió.

—Bastante, pero nunca he podido disfrutar del lugar.

Le sonreí con tristeza. No lograba entender su vida. Quizá por ello necesitaba una chica a su lado, quizá Alejandro lo que necesitaba era disfrutar de la vida.

—¿A qué te dedicas, Alejandro? —pregunté.

—Soy abogado.

—Guau —dije, sorprendida—. Derecho era mi segunda opción.

—¿De verdad? —pregunté sorprendido.

—Así es. —Reí.

Terminamos de cenar entre una charla muy amena, la verdad es que hablar con Alejandro era un lujo. Era un hombre culto y divertido. No podía parar de reírme con sus bromas. Me sentí muy cómoda. Me había dado cuenta de que tenemos cosas en común, aunque en otras áreas completamente diferentes. Sin embargo, cuando el camarero recogió nuestros platos y me disponía a levantarme, Alejandro agarró mi mano y sacó un sobre de su maletín. Con disimulo, lo echó hacia delante y, con un ademán, me dijo que lo cogiera.

—Es tuyo, la cena también corre de mi cuenta.

—Aún no hemos firmado nada, no hace falta.

Quise pasarle el dinero, pero me lo negó. Su mano tibia estaba encima de la mía, tragué saliva.

—Sí que la hace, es tuyo —insistí.

—De verdad, no hace falta... —Siquiera me dejó terminar de hablar.

—Lucía, es tuyo. Por favor, acéptalo.

No me quedó más remedio que agarrar el sobre a regañadientes y meterlo en el bolso. Le di las gracias y, como buen caballero, me cedió la mano para levantarme. Se la acepté y ambos salimos del restaurante después de pagar. Alejandro me paró en la puerta y del bolsillo de su chaqueta sacó una tarjeta y me la dio.

—Este es mi número, llámame cuando hayas leído el contrato. De verdad, Lucía, lléelo y cualquier duda, llámame. Podemos arreglarlo a lo que tú necesites.

—Claro. —Agarré los papeles mucho más fuerte entre mis dedos.

—¿Quieres que te acerque a casa? —se prestó.

—¡Oh, no! —exclamé despreocupada—. No te preocupes, cogeré el metro.

—¿Segura? —pregunto, frunciendo el ceño—. Puedo acercaros donde queráis.

Lo miré estupefacta y con la boca seca. ¿Acaba de hablar en plural?

—¿Acercarnos? —pregunté riendo incómoda.

—Claro. —Sonrió—. A tu amiga, la devoradora de chucherías que estaba en el banco, y a ti.

Mi cara volvió a tornarse roja.

—¿La has visto? ¡Dios, qué vergüenza!

Alejandro rio.

—No te preocupes, es normal que no confiaras en mí

Alejandro puso su mano en mi hombro y se acercó unos pasos hasta quedar a escasos centímetros de mi cara. Él tuvo que bajar unos centímetros la suya por el cambio de altura entre ambos. Sorprendida, vi como tocaba mi nariz con uno de sus dedos en un gesto cariñoso y divertido.

—Estás muy guapa cuando te pones tan roja. —Rio.

Abrí mis ojos a más no poder. Estaba tan cerca que nuestras respiraciones se juntaban en una sola. Llegué a pensar que me besaría, no me importaría saborear esos labios.

—Yo... Eh... —tartamudeé sin saber qué decir.

—Quedamos en que me llamarás cuando lo tengas todo listo, ¿vale? De todos modos, si no aceptas, dímelo.

—Claro... claro. —Fue lo único coherente que pude decir. Lo volvía escuchar reír, se apartó.

«¡No te apartes, joder! ¡Bésame, maldito!» pensé

Alejandro se apartó y comenzó a caminar, no obstante, me miró por encima de su hombro con su mirada brillante y dijo con voz grave:

—Espero tu llamada.

Capítulo siete

Quizá pasaron horas hasta que pude conciliar el sueño en el incómodo sillón del hospital. Había tenido que pasar por casa para cambiarme, pero no pude dejar el dinero. Aún sin estar segura de que esto era lo que debía hacer, admiré el reflejo del sol entre las persianas de la habitación. Miré de refilón a Alba, tumbada en el otro sillón, y a mamá en la cama. No debía faltar mucho para que el doctor pasase a verla y quise aprovechar para leer los papeles que Alejandro me había dado la noche anterior.

Alejandro era uno de los motivos de mi desvelo. ¿Cómo un hombre tan inteligente, divertido y guapo necesitaba la compañía de una niña como yo?

—Buenos días, Lu.

Me sobresalté al escuchar a mi hermana, de inmediato disimulé el convenio que tenía en manos.

—Buenos días, Alba. ¿Qué tal has dormido? —pregunté con una ligera sonrisa.

—Mal, el sillón es incómodo.

—Lo sé cielo, pero es lo que hay. Ya te dije que podías quedarte con la vecina —dije, levantándome—. Escucha, Alba, vuelvo en media hora, ¿vale? Tengo que hacer unas gestiones.

Mi prioridad era pagar los recibos y la universidad, no quería quedarme sin luz y agua caliente estando mamá en estas condiciones.

—¿Dónde vas? —preguntó ella, curiosa.

—Ya te lo he dicho, voy a hacer unas gestiones. Volveré rápido, te lo prometo.

—Vale.

Me acerqué a mi hermana y besé su coronilla. Salí corriendo del hospital con el dinero a buen recaudo. Anduve por las calles muy temprano, siendo la primera en entrar al banco y hablar con el director. Transferí el dinero necesario para la universidad y aproveché para preguntar por mi libreta bancaria donde tenía algunos ahorros. Ya que la de mi madre había sido embargada, solo tenemos la mía. No tenía mucho, pero iría ahorrando poco a poco.

Salí del banco en poco tiempo. Entonces fue cuando me dirigía a pagar las facturas de la luz y el agua. Acabé agotada de tanto correr. Decidí sentarme en un banco que había en la calle y respirar con tranquilidad. De lo que me había dado Alejandro aún me quedaba algo de dinero para hacer la compra, nada excesivo, pero me apañaría.

Llamé a Naomi, necesitaba hablar con ella.

—Estas no son horas de llamarme, ¿lo sabes? —preguntó adormilada.

—Disculpe usted, marquesa, pero creí que le interesaría saber que ya tengo las facturas pagadas —dije, irónicamente.

—¿Eso significa que no te vas de la universidad? —preguntó contentísima.

Juraré que, conociéndola, se habrá levantado de la cama de la sorpresa.

—Así es, así que más te vale coger apuntes porque en cuanto mi madre se recupere vuelvo.

—Vale, vale, captado. Nada de dormir en las clases. —Naomi bostezó—. Tú, me

quedan aún diez minutos para que suene el despertador. Esta tarde voy a verte y hablamos.

Re í Me levant é del banco y volví a andar camino al hospital.

—Vale, chao.

Naomi colgó y guardé el móvil. Cuando llegué me sorprendí al ver a mamá levantada y firmando el alta médica. Nos fuimos a casa dando un agradable paseo pues el tiempo acompañaba y a mamá le vendrá bien tomar un poco el sol.

—Alba, ¿te gustaría volver a las clases de música? —le pregunté

Mi hermana me miró con los ojos abiertos.

—Me encantaría —parece triste—, pero no nos lo podemos permitir.

—Bueno —mentí—, estoy bastante segura de que me cogerán en un trabajo.

—¿Tienes una entrevista, hija? —preguntó mamá

—Sí —pensé rápido para que mi mentira pareciera real—, es en una revista *online*.

—Me alegro mucho, cielo. —Nos paramos delante de una tienda de ropa.

—Volver a las clases de música está genial —comentó Alba.

—Lo sé

Llegamos a casa y Alba se quedó con mamá aprovechando la tarde para hacer deberes y cuidar a los vecinos. Por mi parte, llamé a Naomi y le dije que tenía que ir a comprar. Me encontré con ella en el supermercado de mejores ofertas, no podía derrochar el dinero. Sin embargo, cuando me encontraba a solo una calle del supermercado, una mano agarró mi brazo de forma brusca. Me asusté pero al girarme vi que era Roberto. Respiré tranquila. No obstante, no me gustó la forma en la que me agarró. Sus facciones estaban tensas, duras. Como si estuviese cabreado.

—Hola, Rober, me habías asustado —dije mientras me soltaba de su agarre.

—¿Con quién estabas ayer? —preguntó sin tapujos.

Tragué saliva. No era posible que me hubiese visto con Alejandro, no era posible.

—¿A quién refieres? —Sonríe de forma nerviosa.

—Ayer, en el restaurante italiano. ¿Quién era el tipo con el que estabas?

¡Mierda! Si era posible. Mis manos comenzaron a sudar. Lo miré a los ojos, sorprendida.

—Es un amigo —dije—. Además, ¿qué te importa? —pregunté

—Hace un tiempo te pedí una oportunidad y me dijiste que no, dijiste que no querías una relación y ayer te encuentro con ese hombre... ¿Piensas que soy tonto?

—No me controles, Roberto. —Enfadada, quise comenzar a caminar, pero me lo impidió

—¿Qué tiene de que no tenga yo? —preguntó—. ¡No entiendes que yo te quiero!

—No grites —insistí—. Esto no va contigo, Roberto. Ya te he dicho que es un amigo, te guste o no tengo el derecho de rehacer mi vida de la forma que quiera.

No le dejé decir una palabra, me fui corriendo al supermercado donde me esperaba Naomi. Al verme agitada se asustó.

—Tía, ¿pasa algo?

—Roberto me ha pillado con Alejandro y me ha liado una en medio de la calle... ¡Dios! Todo me pasa a mí —Entramos al supermercado y agarré una cesta.

—¿Qué me cuentas? —preguntó sorprendida.

—Lo quiero como un amigo, ¿sabes? Pero nada más. No entiende que no quiero nada serio ahora y encima me reprocha que hace unos meses me pidió una oportunidad.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Naomi. Agarré varias bolsas de pasta y las

eché a la cesta.

—¿Con Roberto o Alejandro?

—Con ambos, ya que estamos...

—Pues con Roberto no sé no quiero que me controle de esa forma. —Agarré unos dulces de oferta y varias bolsas de pan de molde.

—Está celoso.

—Ya, pero es que no me atrae de esa forma. ¿Qué hago? Con todo lo que tengo encima no quiero algo serio —dije.

—¿Y con Alejandro? —preguntó.

—No lo sé tía, necesito el dinero. Parece amable y comprende mi situación. De momento, esa es la mejor opción. Por lo menos hasta que encuentre un trabajo estable.

—Me dio una buena impresión. ¿Has leído los papeles que te dio? —Naomi cogió verduras y frutas.

—No me ha dado tiempo. Me dijo que iba a ser algo hablado, pero que quería dejarme en claro lo que necesitaba de mí. De ahí la especie de contrato que me dio.

Naomi me acompañó a casa y saludó a mi madre, me pasó los apuntes e insistió en que llamase a Alejandro lo antes posible. Aproveché la tarde para ponerme al día con los estudios y la casa. Alba me ayudó a hacer la cena mientras mamá descansaba en el sofá. Alba se sorprendió de ver tanta compra en la nevera. Reí ante sus gestos.

—¿Nos ha tocado la lotería? —preguntó chistosa.

—He ido a por las ofertas, no veas lo que me han cundido cincuenta euros.

—Me encantaría poder daros más, niñas —comentó mi madre desde el sofá.

—No te preocupes, mamá lo que importa es que estemos bien. Si consigo el trabajo —mentí— tendremos un sueldo fijo en casa. Iremos un poco hasta arriba, pero juntas podremos superarlo.

—Eso seguro, hermanita. —Alba me guiñó un ojo.

Cenamos las tres viendo la televisión y cuando me fui a la cama aproveché el momento de soledad para leer lo que Alejandro esperaba de mí.

Cláusula uno

La señorita dispondrá de tiempo para acompañar al señor Alejandro Arias, alias Arias88, a reuniones, eventos y viajes laborales.

Cláusula dos

La señorita tendrá su propia habitación.

Cláusula tres

La señorita dispondrá de un sueldo superior a mil euros, quedando con el señor Arias de viernes noche a domingo noche dejando así los días entre semana libres.

Cláusula cuatro

Todos los viajes, eventos, gastos extras, etc. serán pagados por el señor Arias.

Cláusula cinco

Se prescinde de sexo. En ningún caso, será obligatorio mantener relaciones sexuales con el señor Arias. (...)

Las cláusulas seguían en torno a mis actitudes con Alejandro. No había nada fuera de lo normal a mi parecer. Suspiré dejé los papeles a un lado y agarré el móvil. Saqué la tarjetita que me dio y marqué su número.

Un pitido.

Dos pitidos.

—¿Sí? —Solo escuchar su aterciopelada y masculina voz me daban escalofríos, y no por miedo.

—¿Alejandro? —pregunté tartamudeando.

—Buenas noches, Lucía, pensé que no me llamarás. —Jurar á que tras el teléfono había una sonrisa por su parte.

—Siento haber tardado tanto —me disculpé de inmediato escuchando una carcajada leve en respuesta.

—No te preocupes, no tienes porqué disculparte. Entiendo que esta situación es complicada, ¿has revisado los papeles que te di?

—Sí—contesté

—¿Y?

—Acepto las condiciones, Alejandro, pero nada de sexo. Hago esto por necesidad, no soy ningún tipo de prostituta —le dejé claro.

—Por supuesto, Lucía. ¿Te parece bien quedar este fin de semana? Tengo un evento muy importante y me gustaría que asistieras conmigo.

—Claro.

—Será una cena formal. Me gustaría que vistieras de forma elegante. También me gustaría darte una tarjeta para tus gastos. O cómo lo prefieras, Lucía. —Mi boca se abrió de par en par.

—¿Una tarjeta? No hace falta, Alejandro, te lo agradezco pero...

—Pero nada, Lucía. ¿No quieres la tarjeta? Vale. Podemos hacerlo de forma tradicional, transferencia bancaria si así sientes más segura.

—De verdad que esto no hace falta. —Reí un tanto sorprendida.

Alejandro rio entre dientes.

—Estos gastos van a mi nombre, Lucía —dijo.

—Ya, pero no quiero aprovecharme de ti.

Alejandro volvió a reír.

—Haremos algo, Lucía. ¿Qué te parece si quedamos para tomar un café mañana? Si no tienes nada que hacer, por supuesto.

—¿Mañana? —pregunté sorprendida—. Cla... claro.

—Te mando mañana por la mañana un mensaje y concretamos. Que tengas una bonita noche, Lucía.